

## Sigmund y Jacques ...

Begoña Michel

Durante el escaso tiempo en que Sigmund pudo levantar la cabeza, lo que vio no le gustó nada.

Comprendió entonces porqué su colega Jacques, siempre más escéptico y bastante visionario, ni siquiera se había molestado en mirar.

El hombre del siglo XXI era devorado y aniquilado por sus propias criaturas, a su vez engendradas por el capital y el progreso sin alma. Baratijas, pensó Sigmund. Baratijas tecnológicas o de otro tipo estaban anegando el mundo, siempre consumidas con celeridad y sustituidas por las siguientes sin un respiro, con la patética ilusión de no sentir el desencanto propio de los objetos, tan súbitamente caducos...

Debido a su natural curiosidad, le interesó mucho observar cómo el narcisismo se había generalizado en el mundo desarrollado en forma de un desaforado culto al cuerpo, en una negación de la enfermedad y la vejez, en resumen, en un infantilismo moral y sexual.

Casi divertido, descubrió que el oscurantismo había ganado tanto terreno como en el medievo. Predicadores, chamanes, esotéricos de cualquier pelaje se disputaban una masa desencantada y hacían su agosto.

Sigmund se sorprendió de la incultura y el escaso interés por el saber de las personas, ya hipnotizadas desde la revolución de las masas por el exceso de pan y circo.

Todo aquello había permitido el retorno de los dictadores electos, algo que a Sigmund le hizo recordar su pasado más penoso y le confirmó en su idea de lo poco que aprende el hombre, máxime cuando no quiere saber nada.

Sonrió, pensando de nuevo en Jacques, ya que lo que había apercibido de nuestro siglo era en realidad la pasión de la ignorancia en su máximo esplendor.

Y partiendo de esa realidad, pensó, ¿hay que ser más audaces hoy en día para dedicarse al psicoanálisis? ¿más optimistas? ¿o simplemente más inconscientes?

Estas cualidades o defectos, según se mire, resultan necesarios para, desde el lugar que ocupamos, al contacto con el otro, intentar

romper la inercia demoledora que exilia al hombre a la tierra de nadie, la tierra del hombre intercambiable que dejó de ser individuo.

¡Buf! resopló Sigmund, ¡no me gustaría estar en el pellejo de los analistas de ahora!

Aunque... ¡qué diablos! no creo que nadie pueda pensar que lo tuve yo más fácil en la Viena más victoriana del XIX...!

Y encendiendo otro puro, aspiró con fruición y desapareció tras su voluta.